

**CUADERNOS DE NOTICIAS HISTORICAS**

**SANTIAGO DAVIÑA SAINZ**

**A Ñ O**  
**2005**

## **CRONICAS DEL CARNAVAL**

**AÑO de 1851**

El día 6 de Enero del año de 1851 se constituyó la Comisión Creadora para "tratar de la formación de una casa de recreo instructivo de artesanos", según puede leerse en el primer Libro de Actas de la Sociedad Recreativa e Instructiva de Artesanos de La Coruña.

La lectura de los Libros de actas de la citada Sociedad es obligada para conocer muchos aspectos de la Historia de La Coruña desde mediados del siglo XIX, y lo es de una manera especial para recuperar noticias relacionadas con la celebración del Carnaval coruñés.

Desde los primeros tiempos de su creación, la Sociedad Recreativa e Instructiva de Artesanos celebró, además de múltiples actos de carácter cultural, actividades de recreo, entre las que son de recordar los bailes de salón y, en relación con estos, los denominados bailes de máscara y de trajes, los cuales se celebraban no solamente en los días en que corresponden las fiestas del Carnaval, sino ya desde el mismísimo primero de Enero de cada año hasta el Domingo de Piñata.

Una característica a destacar en estos bailes de máscaras y de trajes era la de que los mismos no los organizaba la citada Sociedad, sino que se montaban por

iniciativa de grupos de socios. Consta en actas que la Directiva de la Reunión de Artesanos autorizaba tales bailes porque

"la Sociedad en nada se perjudica por cuanto los individuos contenidos en la solicitud [de los bailes] se obligan a satisfacer los gastos que se originen".

Pero el interés de los coruñeses por los bailes de máscaras aún iba más allá de cargar lo socios de la Sociedad de Artesanos con la organización de dichos bailes, pues también puede leerse en las citadas Actas: "...con la condición, no obstante, de que si cubiertos éstos [los gastos que originase la organización y celebración de los bailes] resultare algún sobrante, se entregue a la Sociedad, para cuyo objeto intervenga en la expedición de los billetes que se les entregue, un individuo de la Reunión."

De negocio nada. Pura afición de los coruñeses por el baile de máscaras y de trajes.

El día 17 de Febrero del año de 1851 marca una época para la Historia del Carnaval de La Coruña.

Se lee en las Actas de la Reunión de Artesanos:

"Teniendo entendido la Junta que por un gran número de socios se trata de dar varias funciones en los próximos Carnavales en la plaza de toros, cuyos productos íntegros ceden en beneficio de la Sociedad, la Junta agradecida a este obsequio, y teniendo presente que, por de pronto y para este objeto, hay que satisfacer algunos gastos, acuerda se satisfagan por cuenta de los fondos de la Sociedad, a cuyo fin se autoriza al Sr. Presidente para que por medio de papeletas firmadas por él mismo se entregue por el Tesorero lo que sea necesario".

Los bailes de máscaras y de trajes que se organizaban en los salones de la Reunión de Artesanos eran de pago, y con su producto, como va dicho, se atendía a todos los gastos que originaba la celebración de los mismos. Esta misma pauta fue la seguida por el "gran número de socios de la Reunión" cuando en Enero de

1.851 acordaron sacar el Carnaval de los salones de la Sociedad a calle de La Coruña.

La organización de tal novedad corrió enteramente a cargo de los socios, y ellos fueron los que con admirable organización constituyeron las llamadas "Comisiones del festejo del Carnaval" que fueron las siguientes: Comisión Directiva, que estaba presidida por el Presidente de la Sociedad y siete socios; Comisión Permanente, compuesta por tres socios; Comisión de Cosos, compuesta por dos socios; Comisión de Baile, compuesta por dos socios; Comisión de Adorno, compuesta por seis socios; Comisión de Música, compuesta de tres socios, Comisión de Alumbrado, compuesta por dos socios; Dirección de Caballería, compuesta por dos socios; Comisión para Exender Billetes, compuesta por dos individuos para cada uno de los días festivos: Domingo, Lunes y Martes, y Comisión para recoger los Billetes en la plaza.

El gran número de Comisiones da idea de la magnitud del festival que se preparaba, así como de la muy buena capacidad de organización que regía la actuación carnavalesca de los animosos socios de la Reunión de Artesanos.

En el capítulo de anécdotas de esta celebración debe apuntarse que cuando el día 8 de Marzo, terminados los Carnavales, se reunieron todos los componentes de las distintas Comisiones que habían intervenido en la organización del exitoso festival de la plaza de toros

"a la vista del número y complejidad de las cuentas que se presentaban, a evitar dificultades sucesivas y que en ningún tiempo se dude de la rectitud e imparcialidad de las expresadas Comisiones y de esta Junta como tal, se acordó nombrar una para que examinen las expresadas cuentas, reclamen y hagan recoger todos los enseres que, según aquellos, se hicieron y adquirieron".

Poco se conoce del detalle del festival tan magníficamente organizado durante el Carnaval del año de 1851 en la plaza de toros por la Reunión de Artesanos, pero las estupendas informaciones proporcionadas por Don Félix Estrada Catoira en su

magnífico libro "Apúntes para una Historia Comercial de La Coruña", lamentablemente aún no reeditado, nos permite conocer un detalle de trascendental importancia para el ulterior desarrollo del Carnaval coruñés:

"Desde que en el año de 1851 se había iniciado por la Sociedad [de Artesanos] celebrar el entierro de la sardina, se continuó esta costumbre, aumentando y variando el festival, que terminaba por un sermón o alucación burlesca (así decían los programas), en el Teatro de Variedades (establecido en la calle de la Franja, que derribado hace algunos años, en su solar edificó su casa la razón social "Hijos de Simeón García"), cuando no en la Sociedad, precursores aquellos sermones de los actuales apropósitos, tan pródigos en la actualidad...",

y también:

"Continuando aquella Junta [de Artesanos] en la organización de festejos, se acordó por varios socios, celebrar el 11 de Febrero una función carnavalesca en la plaza de toros, cooperando por primera vez las Fuerzas del Escuadrón de Caballería de Galicia, que en años posteriores contribuyó a festejos de Carnaval celebrados por la Sociedad, siendo precursor aquel festivall de otros que con tanto éxito se organizaron por el Circo de Artesanos y que perduran en la memoria de cuantos los hemos disfrutado".

Las informaciones anteriores son de importancia en la Historia del Carnaval de La Coruña por cuanto de primera mano se nos facilita la noticia importante de que en el año de 1851 se inició en La Coruña la celebración del entierro de la sardina diciéndonos que dicho acto terminaba con un sermón, también llamado alocución burlesca, según anunciaban los programas, y que dicho sermón se celebraba en el Teatro de Variedades, a la vez que también en los salones de la Sociedad de Artesanos. Destacar también que de una manera muy clara nos dice Estrada Catoira que dichos sermones fueron los precursores de los famosos Apropósitos, típicos de La Coruña. La creencia de Juan Naya de que fue en este

festival de Carnaval del año de 1851, celebrado en la plaza de toros, el momento en que se representó el primer Apropósito, parece desvanecerse con esta información de Don Félix Estrada Catoira, además de que Juan Naya no da, en ningún momento, razones ni fuentes de su creencia.

Lo que parece quedar fuera de toda duda a través de la información de Estrada Catoira es que efectivamente la celebración del Carnaval del año de 1851 marcó en La Coruña un hito para sucesivas celebraciones del Carnaval en las calles coruñesas.

He intentado por todos los medios a mi alcance conseguir algún periódico de la época, pero la suerte no me acompañó, por lo que la reseña que se puede hacer del Carnaval del año de 1851, tan importante para las sucesivas celebraciones de nuestro Carnaval tiene, forzosamente, que quedar reducida a lo que va dicho.

Por la misma razón apúntada, me es preciso recurrir para obtener alguna noticia acerca de la celebración del Carnaval en la década de los años 50 del siglo XIX, a las Actas de la Reunión de Artesanos, en donde puede leerse que en 13 de Febrero del año de 1854

"se celebró el baile de máscaras de la Sociedad de acuerdo con los las bases siguientes:

1º El baile será por acciones, comprendiendo cada una tres villetes transmisibles a socio o máscara, su precio 6 reales.v

2º Los villetes sueltos serán a tres reales y sólo se podrán transmitir a señora o máscara.

3º Los villetes para forasteros serán a cuatro reales".

Como en el año de 1858 todavía no había nacido Don Sergio Peñamaría De Llano, el autor del slogan de que "En la Coruña nadie es forastero", los conserjes de la Reunión de Artesanos no sabían tal cosa, y por ese motivo, dicen las Actas de esa Sociedad

"se suspendió con ocho días de empleo al conserje por sus desmanes y mala educación en los bailes de máscaras para con los forasteros".

La última referencia de las Actas de la Reunión de Artesanos al Carnaval de los citados

años cincuenta del siglo XIX dicen en once de Febrero del año de 1858 que "mediante están próximos los días de Carnabal, la Junta acordó se anuncie en el salón la prohibición de agua, huebos y harina en el local, rogando a todos los señores socios se abstengan de tales dibersiones, por echar a perder los muebles y más enseres, como así lo espera de la cordura de todos os que compnen la Sociedad".

Queda claro que la arraigada costumbre de arrojar los artículos que se indican, no sólo se relizaba en las calles, sino también en los salones de las Sociedades privadas lo que me hace incidir en el gran arriago que tal costumbre tenía entre los coruñeses, y lo difícil que debía ser, por mucho bando que lo prohibiera, desterrar algo tan profundo de la costumbre de un pueblo.

Personalmente me llama la atención que se recriminara el uso de agua, huevos y harina en un local cerrado, no por la molestía que tal actuación debía producir a las personas que sufrieran los impactos de huevos, agua o harina en sus cuerpos, sino solamente por el daño que también causaban en los muebles del local de baile. Ello parece indicar que a nivel personal, tanto el que tiraba como el que recibía, aceptaba la situación; algo parecido ocurría en las calles, en donde la autoridad se quejaba, más que del posible daño causado a las personas, de que la costumbre de arrojarse huevos ponía perdidas las fachadas de los edificios.

Que los bailes de máscaras eran muy concurridos y que debían de ser rentables se refleja en un acta de la Reunión de Artesanos del día 19 de Febrero del citado año de 1858 en la que se escribe:

"El baile de Piñata arrojó lo siguiente: producto: 905'7 reales maravedís; gastos 581'7 reales maravedís". Es decir, nada menos que 330'7 reales maravedís de ganancia en un acto organizado para no ganar nada, sólomente para divertirse. Los 330'7 reales maravedís ganados, de acuerdo con lo dicho más arriba, pasaban a la caja de la Sociedad de Artesanos.

**AÑO DE 1862**

Como ya dije, el año de 1862 fue, juntamente con el reseñado de 1851, uno de los que causó impacto en la celebración del Carnaval Coruñés, pues la acción conjunta del Gobernador Civil y del Alcalde Abella consiguieron que dicho año fuera el primero en mucho tiempo en que el Carnaval de La Coruña se celebrara dentro de los cauces de la civilización que tanto invocaban los Bandos municipales de otros años. Ciertamente todo resultó también en este año de 1862, que además que el Gobernador Civil y el Alcalde agradececeran en sendos Bandos el comportamiento del pueblo de La Coruña, también la Prensa se hizo eco del éxito alcanzado, teniéndose en esta ocasión se tiene la suerte -a diferencia de en los años de la década de los 50- de contar con una magnífica crónica del tan afamado Carnaval, la cual se contiene en una larga reseña que de él se hizo en el Diario "La ilustración de La Coruña. Diario Mercantil de Literatura y Avisos", cuyo ejemplar se conserva original en el Expediente Municipal correspondiente al año de 1.862. Dice así la estupenda crónica carnavalesca.

#### "Crónica de las fiestas"

Y fué así como se produjo en el año 1862 por primera vez en la historia del Carnaval coruñés la intervención oficial del Ayuntamiento de la ciudad en la organización, control y patrocinio de los carnavales cuyos gastos a cargo de los fondos municipales ascendieron a la cantidad de 5.312, 30 reales, la cual fué autorizada a ser anotada con todo placer por el Gobernador entre los gastos ordinarios del fondo municipal.

De la celebración de tan singulares carnavales se insertó en el diario " LA ILUSTRACION DE LA CORUÑA. Diario Mercantil de Literatura y Avisos" bajo el título de

"Circunstanciada epístola de circunstancias a Marcial... y no el Bilbilis",



una extensa y simpática crónica de un informador que firma B en la que paso a paso se recoge cada uno de los actos celebrados en los distintos días de fiesta, incluido el entierro de las desagradables costumbres de los Carnavales coruñeses que con el de 1.862 pasaron a mejor vida.

La crónica en cuestión en la que, recogiendo el deseo del cronista de que el "carnavalesco entusiasmo de la Coruña" fuera conocida por las futuras generaciones de España y del extranjero, es la que, adelantándome a lo que será la segunda parte de mi trabajo, dedicado a la "celebración del Carnaval en La Coruña, pongo a continuación, por representar este año de 1862 el primero en que de una manera civilizada se pudo celebrar el Carnaval de La Coruña desde el ya lejano año de 1804 en que se celebró aquel primer baile de máscaras autorizado para atender las necesidades pecuniarias de la debilitada Caja del Ejército.

La crónica periodística en cuestión decía así.

"Mi querido Marcial:

El Carnaval ya espiró; ayer noche un gentío inmenso, que se codeaba sin cesar en calles y plazas, y que se apiñaba sin intervalo en balcones y galerías asistió al solemne entierro y honras de su señoría gordísima, con cuyo fallecimiento acabáronse las danzas y las bromas, reemplazadas por cuarenta días de vigiliass y ayunos y sermones, que se denominan Quadragesima.

Pues ya que murió el Carnaval, quiero darte, amigo mio, algunas noticias de su brillante aunque efímera existencia, convirtiéndome en cronista de ese agasajado huésped muerto en la flor de su edad, a fin de de que los demás pueblos de España y el extranjero, lo mismo que las generaciones futuras conozcan y aprecien el carnavalesco entusiasmo de la Coruña.

La entrada del Carnaval y los bailes de Comadres

Principiaré por el principio, esto es, por la entrada y recepción de su señoría, cuyo memorable acto se verificó el domingo anterior al de Carnaval, en medio de gritos de alegría, y acorde música y magnifico

aparato.

Desde las tres de la tarde, miles de curiosos se prolongaban y estrechaban desde la plazuela de San Jorge hasta la Puerta de la Torre de Abajo, ocupando las calles de la Marina, Real, de Espoz y Mina, y los dos Cantones, de suerte que, en ciertos parajes, y particularmente en las bocalles de Santa Catalina y Rúa Nueva, costaba mucho trabajo y tiempo avanzar un paso.

Media hora después, el cortejo que había de recibir al deseado viajero se puso en movimiento, llegando en berve las carrozas de la Disipación y la Locura a la esplanada de la Puerta de la Torre de Abajo: entonces comenzaron los apretones y las oleadas entre el gentío, y como por ensalmo los desnudos álamos, las bellas acacias, así como columnas de los faroles de gas, convirtiéronse en otros tantos miradores para los chicuelos; empero, a pesar de aquellas mareas humanas, reinó el más perfecto orden.

Su señoría gordísima, que ocupaba, con su servidumbre, un coche de gala, fué recibido con grandes ceremonias; y seguidamente, pronunciados varios discursos, tan disparatados como el caso requería, los que llegaban y los que aguardaban recorrieron las principales calles de la ciudad alta y baja, en el orden siguiente:

1º Batidores a caballo.

2º El muy alto enviado de la ciudad, y sus dependientes.

3º Carroza alegórica de la Disposición.

4º. Banda de música.

5º Carroza en forma de jaula, que simbolizaba la Locura.

6º Guarda-sellos montado

7º Carruaje de S. S. G.

8º Damas de honor a caballo.

9º Carruaje ocupado por los adefesios de cámara.

10º Escolta de caballería con su clarín.

Después de visto y revisto el señor Don Carnaval, que se pavoneaba sumamente complacido en su coche de gala, dirigiendo a mano diestra y siniestra miradas sobre sus entusiasmados súbditos, retiróse a descansar de las fatigas de una caminata de casi cuatrocientos días y cuatrocientas noches, y se retiró en el Liceo de Artesanos, cuyos socios concibieron y realizaron la peregrina idea de la entrada y recepción del Carnaval, como se practica en otras grandes ciudades y singularmente Barcelona; reciban por ello nuestro parabien.

En la semana que medió entre los dos domingos que llama el calendario de Sexágésima y Quincuagésima, es decir, entre el 23 de febrero y el 2 de marzo, hubo, mi caro Marcial, varios y concurridos bailes en la capital de Galicia; pero sólo te hablaré del de Comadres, en el Teatro principal, y de el del sábado siguiente, en la Sociedad recreativa de Artesanos.

Grande, justa es la fama que goza el baile de Comadres, celebrado en el anchuroso y elegante coliseo de la plazuela de San Jorge, y este año, como en los anteriores, su fama se aumentó por los mil y un atractivos que brindaba a las niñas hermosas, a los jóvenes elegantes, y aún a los meros mirones, entre cuyas espesas filas me cabe el inolvidable honor de incluirme.

La orquesta, que se componía de muchos y buenos profesores, bajo la dirección inteligente de los hermanos Courtier, estaba colocada en un magnifico palco sostenido por arcadas, con lo cual el salón de baile, ya muy amplio aumentaba en amplitud y por consiguiente en comodidad.

La gigantesca lucerna del centro, y las bonitas arañas y lámparas convenientemente distribuidas, iluminaban centenares de rostros juveniles, frescos, encantadores; de modo que las mujeres, con sus riquísimos y vaporosos trajes, se semejaban, inundadas como estaban por torrentes de blanca luz de gas, a tropas de hadas y sílfides girando a compás de los armoniosos sonos de la música.

Desde las primeras horas de la noche hasta las once, tuvo lugar el baile de niños: una porción de bailarines en miniatura, lindisimamente ataviados con trajes provinciales, históricos y de caprichos, danzaban con gravedad y elegancia propias de pollitas de quince a veinte abriles, y de pollos graduados de gallos, atrayendo hacia sí las miradas de papás, mamás, simples curiosos, y de alguno que otro curioso simple, de esos que se ven en todas partes, en entierros y teatros, en sermones y paseos, acudiendo igualmente a funciones sagradas y profanas, lente en ristre.

A las once dadas, el baile de niños quedó disuelto, y los grandes remplazaron a los pequeños en la danza, como revancha sin duda, de que en la vida los pequeños reemplazan a los grandes... Perdóname este rasgo filosófico, queridísimo Marcial.

La elegante alfombra, desapareció bajo los pies de una multitud de niñas, a cada cual más preciosa y gentil; pero esas niñas, oh! amnigo!, sobre las cuales se fijaban ardientemente las niñas de muchos ojos, y también las de los míos, gustabánnme cien veces más que las otras de cuatro a diez ó a doce auroras que acababan de abandonar el salón, porque ...! vamos, porque sí!. Esto no quiere decir, sin embargo que a mi no me gusten las gracias de la infancia.

Una porción de jóvenes distinguidos, la mayor parte de ellos disfrazados de mujer, ostentaban costosos y diferentes trajes, y había algún mancebo capaz de dar, como suele decirse, un chasco al mismo diablo; deseáramos que las señoritas, al contrario de este año y anteriores, en los cuales a duras penas se veía una máscara en el salón, luciesen también preciosos disfraces, con lo cual se duplicaría la brillantez y animación de la fiesta.

El sábado, como dejo dicho, verificóse el baile dado por la Sociedad recreativa de Artesanos, que estuvo muy brillante y animado: los niños, a imitación del jueves de Comadres en el Teatro Principal, tuvieron asimismo su sarao hasta las once, desde cuya hora dió comienzo el de

personas mayores, que terminó a las tres y media de la madrugada, con hondo sentimiento de todos los concurrentes.

### **El entierro de las malas costumbres y el Domingo de Carnaval**

Ya sabes, inolvidable amigo mio, que era antigua y arraigada costumbre en la Coruña, convertirnos anfibios durante 72 horas, tales eran los raudales de agua que se desplomaban desde las ventanas a la calle, y tales las columnas de idem, acompañadas de una granizada de huevos y bombillas, que subían desde la calle hasta los pisos más elevados, sin que se inventase un medio eficaz de desterrar para siempre jamás de nuestras costumbres locales esta tan abominable, que se sobreponía a los bandos de la autoridad.

Iba cualquiera tranquilamente paseando, y ...!zas, zas!, sin saber cómo ni de dónde recibía el desdichado transeunte sobre su cara y ropas una descarga cerrada de huevos, de petardos y de harina, que lo ponían como nuevo; quería apartarse a un lado y de pronto, en medio de estrepitosas carcajadas, se desplomaba encima del sombrero de nuestro individuo una catarata poco menos caudalosa que la del Niágara; entonces la yema y la clara de huevo, combinadas con la harina a favor de aquella mojadura, hacían del transeunte en cuestión, y de otros innumerables mártires, una especie de mazapán relleno de carne humana.... Ay! cállome, amigo mio, cállome... Horresco referens, como dice Virgilio.

Pues había ciertas gentes que gozaban, a todo gozar, embadurnando y aún magullando al prójimo, y siendo a su vez alegremente embadurnados y magullados; el bello sexo tenía, por precisión, que encerrarse en las casas, parapetándose tras tupidas cortinas; y muchos hombres, que miraban con

gran cuidado por la conservación de sus ojos y por la limpieza de sus vestidos, exhalaban suspiros hondísimos, capaces de enternecer hasta los huevos y jeringas, y pedían remedio a tan mal crónico y grave.

Presumíase generalmente que el año 62 fuese tanto ó más calavera que el 61; pero la Coruña, queriendo ser la primera en cultura como lo es en punto a población e industria entre los demás pueblos de Galicia, empezó a murmurar y a reprobar tal costumbre; el digno Gobernador civil, anhelando por su parte hacerla desaparecer, apoyado eficazmente por la autoridad militar y por la municipal, se hizo cargo de que un pueblo es enteramente igual a un individuo, por lo mismo que es una gran asociación de individuos, y que el individuo acata siempre una fina súplica y desobedece a menudo un seco mandato.

El señor Gobernador se dirigió al pueblo de la Coruña como un amigo a sus amigos, lo propio que yo me dirijo a tí Marcial querido, y los coruñeses correspondieron a las fundadas esperanzas de nuestra inteligente autoridad superior: la empresa era difícil, el éxito dudoso, porque usos profundamente arraigados no se borran con facilidad; en su consecuencia, se trató de sustituir una costumbre con otra costumbre, y todos, autoridades y particulares, aprestáronse a verificar en la Coruña una revolución... (no te asustes, Marcial) una revolución tan provechosa como pacífica.

Amaneció el domingo de Carnaval, y el sol, al asomarse en el Oriente, se asomó por entre negros nubarrones, que hacían temer una lluvia abundante y pertinaz; afortunadamente la lluvia se contuvo, y, si bien soplaban por intervalos fuertes ráfagas de viento, la mañana lo mismo que la tarde estuvo apacible y serena.

A cosa de las once y media, minutos más ó menos sonó en toda la ciudad alta un formidable y prolongado redoble de tambores, y, en breve, una comparse de jóvenes oficiales, diversa y caprichosamente disfrazados, y

provisto cada cual de un tambor, recorrió las principales calles de la capital, batiendo ruidosa marcha; dos pequeños ataúdes, pintados de azul y llenos de huevos y geringas, eran conducidos en el centro de la carnavalesca banda, a cuya cabeza, dando vueltas a un bastón gigantesco, se veía su correspondiente tambor mayor.

La comparsa llegó por fin al muelle, y una vez allí los jóvenes que la componían entre los cuales se encontraban bastantes amigos nuestros, mi caro Marcial, estrellaron contra la dura piedra los huevos y geringas, como dando a entender que la costumbre de arrojar agua y ciertos artículos comestibles quedaba muerta y sepultada, *in secula seculorum*: yo digo como dicen todos, ¡amen!.

Poco después, otra banda de tambores disfrazados....(ellos, no las cajas) de mujeres en traje de salir de cama, ó sea con enaguas, chambras y papalinas, incluso el que hacía de tambor mayor, salieron y se pasearon por toda la Coruña, precedidos, seguidos y rodeados de innumerables chiquillos; las ventanas se abrían de par en par, y en cada una asomábase media docena de caras, más ó menos feas, en cuyas facciones se pintaba alegre sorpresa.

Presumo, amigo Marcial, que esta comparsa era una caricatura viviente de las mujeres de nuestra época, que usurpan todos los atavíos del hombre, desde el sombrero hasta el gabán, desde la corbata hasta el chaleco, desde el pantalón hasta la levita, desde... Pero, ¡chitón, que sería el cuento de nunca acabar!. Lo que yo ignoro es si los jóvenes tan extrañamente disfrazados querían significarnos que el denominado sexo bello acabará por mostrar instintos marciales, y llegado este caso, tú, cuyo nombre es todo marcialidad, estarías muy en boga, Marcial querido; o bien si nosotros los que pertenecemos al sexo barbudo, trocaremos, en desesperada venganza, las prendas usurpadas y horriblemente desfiguradas, por el inconmesurable miriñaque. Averiguelo, Vargas.

Vino la tarde, como venido había la mañana, y las calles y plazas y paseos, ya cuajados de gente, se cuajaron más y más, especialmente en las grandes calles centrales, donde la concurrencia era compacta, inmensa; Pero la mayor tranquilidad reinaba en todas partes, y ni una gota de agua, ni una cáscara de huevo, ni nada que pudiese ofender, como ya manifestó el otro día la ILUSTRACION, caía sobre las personas que se cruzaban arriba y abajo, a lo largo de la Coruña; la victoria fué completa, la alegría indecible.

A primera hora de la tarde, empezaron a salir y a circular las mascaradas de antemano proyectadas, y entonces la animación y afluencia llegaron a su colmo; por algunos puntos y sobre todo en la calle Real, era materialmente imposible dar un par de pasos seguidos.

Te enumeraré y describiré las diferentes comparsas, amigo Marcial, lo mejorcito que yo pueda; ¡atención!

Los socios de la Tertulia de la Confianza, totalmente vestidos de blanco, desde los pies a la cabeza, incluso la careta, a modo de Pierrots, o payasos franceses, organizaron una lucida mascarada, en el siguiente orden:

1º Una sección de caballería.

2º Una plataforma montada sobre ruedas, y en la que se veía una pequeña fábrica, por cima de la cual sobresalía la ahumada chimenea de ladrillos, leyéndose en un costado: "Fábrica de filloas al vapor". Tú ya sabes, carísimo Marcial, lo que se entiende por filloa; yo por mi parte, sé decirte que prefiero esas sabrosas y delgadas tortillas, tan delgadas como una hoja de papel, a todas las frutas de sartén, conocidas y por conocer. Los ginetes de la mascarada, conociendo sin duda las escelencias de este manjar provincial, repartiánlas alargando las alabardas.

3º Dos carruajes, ocupados por enmascarados, que arrojaban profusamente variados dulces y gragea.

4º Banda de música.



La mascarada formada por muchos jóvenes del comercio, era muy vistosa: una balandra pirata cuyos tripulantes iban todos provistos de hachas de abordaje, navegaba felizmente por tierra firme, llevando izada la bandera y con el capitán situado a popa; una escogida música cerraba la marcha.

El liceo de Artesanos, rivalizando dignamente con las demás comparsas, concertó una vistosisima mascarada, cuyo orden era este:

1° Batidores a caballo.

2° Un gran vapor arrastrado por bueyes, convenientemente tripulado, cuya chimenea arrojaba aromáticas columnas de humo; en una flámula se leía "El siglo marcha al...", sobreentiéndose la palabra vapor.

3° Una estación telegráfica sobre ruedas, en la cual no faltaba nada, ni postes, ni hilos, ni aisladores, ni aparatos, ni manipuladores; un empleado trasmitía y otro recibía los partes, repartidos luego entre la concurrencia por los mozos de servicio; ya puedes figurarte, Marcial, que aquellos telegramas eran epigramas.

4° Porta-pliegos de S. S. G., a caballo

5° Dos hileras de amazonas, cabalgando en asnos.

6° Correo de cámara.

7° Coche de gala del Señor Don Carnaval.

8° Banda de música

9° Carruaje con cortesanos de S. S. G.

10° Escolta ecuestre de lanceros.

Los empleados civiles, deseosos de contribuir por su parte al mayor brillo y amenidad del Carnaval, organizaron una numerosa comparsa, vistiendo todos uniformemente boina azul, blusa encarnada y pantalón negro, y así, seguidos de una excelente música y tocando y volteando ellos multitud de panderos, recorrieron igual tránsito que las otras comparsas.

También varios socios del recién fundado Casino Coruñés, vestidos de etiqueta, pero por supuesto de etiqueta propia de Carnavales, salieron en

carruaje; y lo mismo hicieron algunos jóvenes distinguidos, distinguidos de damas y caballeros a la antigua que iban, además , precedidos y seguidos de otros caballeros y lacayos a caballo.

Un número bastante crecido de oficiales graciosamente vestidos de apuestos galanes y de tiernas doncellas, todos cabalgando en jacas y jumentos, se esparramaron alegremente, por medio del apiñado gentío, siguiéndoles una banda de música, que tocaba muy buenas piezas.

Finalmente, el gremio de carpinteros, resucitando antiguas y loables usanzas, llevó a cabo una lucida comparsa, cuyo orden era el que sigue:

1º Tres batidores a caballo, empuñando los atributos del arte.

2º Dos danzas de cintas, las cuales tenían lugar de trecho en trecho, entrenzando y destrenzando los galones de abigarrados matices alrededor de la pértiga a cuya estremidad estaban sujetos; todos los bailarines iban disfrazados de aldeanos valencianos.

3º Banda de música.

4º El carro alegórico de las Artes, adornado con ramos de laurel y rágfagas de luz descollando al esplendente sol de la inspiración; a uno y otro lado caminaba un ginete conduciendo ambos en la diestra una gran bandera española.

Escuso escribirte que todas las personas que componían las mascaradas referidas arrojaban a las damas un diluvio de dulces de todos tamaños y clases, con lo cual hicieron los confiteros su agosto, a pesar de hallarnos en los primeros días del mes de marzo; una nube de chicuelos se estendía y se arremolinaba allí donde caía un extraviado dulce, o una granizada de almendras garrapiñadas.

Dos cucañas y otras tantas corridas de gallos, atraían en la fuente de Santa Catalina y en la entrada de la Alameda un numeroso concurso de actores y espectadores; carcajadas de franca alegría resonaban allá y acá, cada vez que un hombre ó un muchacho llegado a cierta altura de la lisa y

escurridiza cucaña, se deslizaba rápidamente al suelo perdiendo a la par tiempo y esperanza, y cada vez que otro individuo que creía marchar rectamente hacia el infeliz gallo suspendido por las patas, daba un tajo descomunal en el aire a dos varas de distancia.

De noche hubo bailes públicos; pero entre ellos sólo te haré mención de el del Teatro Principal, que estuvo tan animado y concurrido como siempre; el baile del Teatro de ariedades alcanzó tan menguada fortuna como próspera el que tenía lugar en los célebres salones de Pola.

El martes de Carnaval y el entierro de Don Carnaval

Salió el sol el martes, del modo que salido había el lunes y el domingo, y como es probable que salga mientras el mundo sea mundo; la mañana estaba malísima, y los rayos solares, que no podían rasgar los espesos nubarrones preñados de agua, enviaban una pálida claridad a la tierra; a eso de las diez, anchas gotas salpicaron el blanco empedrado de las calles, y, poco después llovía a cántaros ó más bien a mares.

Pero el chubasco fué de corta duración; el firmamento comenzó a aclararse conforme se disminuían los ímpetus de la lluvia, y, en breves instantes, el sol brillaba esplendorosamente en lo alto de la bóveda azulada.

Entonces, los espíritus más abatidos se alentaron, amigo Marcial, y nuevas mascaradas dispusiéronse a recorrer la Coruña.

A igual hora que el domingo, los socios del Liceo de Artesanos, salieron de dicho local, en la forma siguiente:

1º Batidores a caballo.

2º el vapor conduciendo una numerosa negrada, cuyos individuos tañían instrumentos propios de las costas occidentales de Africa; una maja, especie de culebra corpulenta de la isla de Cuba, bajaba y subía por los palos.

3º Una carroza, sobre la cual se veía un lecho adornado de cortinas, y, tendido en él, estaba el señor Don Carnaval gravemente indispuerto; los

médicos que había a los pies de la cama en compañía del primer edecan de S. S. G., meneaban la cabeza, augurando que sería muy corta la existencia del ilustre huésped; éste, no obstante, gozaba y se sonreía...

4º Escolta de caballería, precedida de clarines.

La Tertulia de Confianza organizó una lucidísima mascarada en carruajes y a caballo; una porción de señoras y caballeros ataviados de diverso modo, ocupaban los primeros; cabalgando en muy buenos caballos veíanse señoras en traje propio de montar, así como dos hileras de jockeys con camiseta encarnada y calzón blanco, gorra charolada y bajas botas de vuelta; una banda de música hacía oír sus acordes ecos.

Otra comparsa hubo compuesta de crecido número de personas que ocupaban muchos coches y caballos ofreciendo brillante golpe de vista; las cabalgaduras que arrastraban uno de los carruajes llevaban careta y pantalones.

Los operarios de la Fábrica de Cristales han tenido la rarísima ocurrencia de meter las cabezas por entre peldaño y peldaño de una larguísima escala colgada toda en derredor con cortinas blancas; dos individuos a caballo, uno de los cuales parecía jefe de aquella troupe, presa por el pescuezo, y otro que tocaba atronadoramente un redoblante, precedían a los de la escalera; de cuando en cuando hacían un alto y se agachaban desapareciendo como por arte de birli-birloque, las treinta o cuarenta caras pintadas de negro y coronadas de gorras blancas; en un momento de grande afluencia de carruajes y caballos los individuos de la escalera, no pudieron dar vuelta un tanto comprometidos, pero el jefe dando la voz de "paso lateral a la derecha" probó que era hombre que dominaba las más críticas situaciones.

Algunos socios del Casino Coruñés, así como unos cuantos amigos míos, perfectamente disfrazados, volvieron a salir por esas calles de Díos,

derramando a la vez el buen humor y confites.

El gremio de carpinteros, como también los jóvenes de nuestro comercio, reprodujeron idénticas mascaradas que el primer día de Carnaval, llevando consigo excelentes bandas de música.

El Martes, mi querido Marcial, fue memorable; los dulces ya no se tiraban por arrobos; tirábanse, sin exageración alguna, por quintales, y una viva lucha se entabló entre las personas que formaban las diferentes comparsas (igual que el Domingo de Carnaval) y los transeúntes, con máscara o sin ella, y entre las lindísimas niñas que se apiñaban, como manojos de rosas, en los balcones y las galerías.

Dicho día, a primera hora de la noche, el empavesado buque de los jóvenes del comercio recorrió otra vez la población, llevando cada cual en la mano una vela encendida; bien quisiera, amigo Marcial, que se introdujese en esta ciudad el divertido combate de los moccoleti de Roma.

El baile del Teatro Principal, al revés de otros años, estuvo muy concurrido, e infinidad de máscaras vagaban aquí y allá por el salón.

En suma, el Carnaval de este año ha dejado gratos recuerdos a coruñeses y forasteros, y la censurable costumbre de arrojar agua y algunos sucios artículos comestibles puede declararse muerta; no hubo el más ligero desmán, como no hubo tampoco el atropello más pequeño, según tengo entendido; reciban nuestra dignísimas autoridades nuevas y repetidas felicitaciones, y otro tanto digo a cuantas personas, directa o indirectamente, han coadyuvado a tan bueno, a tan plausible resultado; la Ilustración no vacila en hacerse eco de los sentimientos que animan a la culta capital de Galicia.

El señor Gobernador Civil, en extremo complacido, ha publicado la siguiente notable alocución, dirigida a los habitantes de La Coruña:

El acontecimiento que tuvo lugar en esta población, sustituyendo con mascaradas y diversiones públicas una costumbre que, como en otras

muchas ciudades, se venía practicando en los días de Carnaval, es un suceso que examinado en el campo de la reflexión filosófica ofrece la idea más halagueña de la cultura, de la civilización y del uniforme pensamiento que existe en los habitantes de La Coruña, al tratarse de su bienestar y de sus costumbres sociales.

Aproximábanse los días que acaban de transcurrir, en los que los pueblos se entregan a entretenimientos extraordinarios y multitud de personas me presentaban con sentimiento poco lisongero que ofrecía el pueblo que no sepa de una costumbre que se perdía en la antigüedad aguas, huevos y otros artículos por las calles y las casas; ejecutándolo puede decirse .....

Los siempre apacibles Círculos Recreativos, la juventud del comercio, los gremios industriales, todas las personas sin distinción de clases y categorías, todas ansiaban sobreponerse unas a las otras, y en suma, el cuadro que ofreció la población el Domingo y el día de ayer con sus máscaras y comparsas alegóricas, era un cuadro, digámoslo así, civilizador; era el antítesis de antiguas tradiciones que repugnaban a nuestro ser actual, a nuestra vida de adelanto y mejoras.

El Excmo. Sr. Capitán General de este distrito que nunca se busca en vano, particularmente cuando se trata de mejora en la localidad, no podía ser indiferente a esta especie de revolución que se introducía en sus hábitos, y con el interés que tenía, según me manifestó particularmente de que se realizase algún día esta reforma, su casa estaba abierta para cuantas corporaciones y particulares exigiesen algo en que pudiera serles útil, y testigo he sido del reconocimiento de algunos por la espontaneidad que en él encontraron para todo. Los señores oficiales y clase de tropa de la guarnición de esta plaza, que tomaron parte, se prestaron también de una manera ingeniosa a dar brillo a los entretenimientos.

Finalmente, los funcionarios públicos que por no ser muchos naturales de esta población dejan de tener interés por ella, siguieron sus pasos y no creo

dejaron de prestarse a todo lo que puedan exigir una cordial correspondencia y la fraternidad y buena acogida que merecen en La Coruña.

Tales acontecimientos que si, por una parte fueron acto espontáneos de la población en beneficio de ella misma, también tuvieron lugar en la época de mi administración, proporcionándome el satisfactorio espectáculo que a mi vista se ha presentado, me ponen en el caso de ofrecer mis sentimientos de gratitud y los vínculos que de hoy más me unen con este pueblo, que para ser bien gobernado, no se necesita otra cosa que estudiar y seguir sus intenciones y comprender la nobleza de sus deseos. Ramón María Suárez.  
Esta alocución lleva la fecha de 5 de Marzo.

He aquí ahora una sucinta descripción del enterramiento del señor Don Carnaval, que resucitará infaliblemente dentro de doce meses y pico, más o menos.

Dadas ya las ocho de la noche del Miércoles, el fúnebre cortejo se puso en movimiento, saliendo del Liceo de Artesanos; su orden era como sigue:

- 1º. Batidores a caballo.
2. Una enorme farola.
- 3º. Altos dignatarios del difunto Carnaval, igualmente montados.
- 4º. El catafalco, todo formado de transparentes de buen efecto y alegóricos que se alzaban a una gran altura.
- 5º. El Presidente del entierro cabalgando en un pacífico burro.
- 6º. Banda de Música.
- 7º. Un buque iluminado con farolillos a cuyo bordo iba el reverendo hermanuco que debía pronunciar el sermón.
- 8º. El carro de las Artes, también iluminado, en el cual se veían varios representantes del gremio de carpinteros.
- 9º. La balandra pirata, rodeada de luces, sobre cuya cubierta se hallaban muchos jóvenes representando el comercio.
- 10º. Escolta de alabarderos a caballo con bandas de luto.

Además, dos interminables hileras de súbditos de S. S. G., o Su Señoría Gordísima, por si acaso has olvidado estas iniciales, querido Marcial, se prolongaban desde los primeros ginetes hasta los que cerraban la marcha, llevando cada quisque su correspondiente farol de colores.

La comitiva recorrió las calles de Espoz y Mina, de la Alameda, ambos Cantones, las calles de Acevedo, de Luchana, el Campo del Derribo, las calles de Santiago, de Tabernas, Plaza de la Constitución, calle de Damas, Plazuela de los Angeles, y, después de salirse de la Ciudad Alta, se encaminó al Teatro Principal.

La muchedumbre de espectadores, tanto en balcones y galerías como en la calle, era inmensa; pero donde las masas populares más se apiñaban y empujaban era en la Plazuela de San Jorge, pugnando todos por tener asiento, o cuando menos entrada, en aquel bello coliseo, cuyo interior estaba dividido en dos porciones desiguales: la menor para las comparsas, y para los curiosos la mayor, insuficiente para contener la décima parte de la gente que a las puertas se agolpaba.

En el centro elevábase una tribuna destinada para el hermanuco sermoneador, y allí él colocado, le escuchó y celebró el compacto auditorio los chistes pronunciados ora en prosa, ora en verso, y algunos de estos en dialecto gallego.

Terminaron las exequias como de costumbre, con unas cuantas danzas íntimas, y luego, alegre la multitud, se retiró a descansar, haciendo yo otro tanto, más no sin emborronar antes medio centenar de cuartillas con el objeto de enterar, mi inolviavble Marcial, de lo que han sido este año en La Coruña las fiestas del Carnaval, desde el principio hasta el fin.

Sirva esto de legítima disculpa, si algún Aristarco de frac y de sombrero alto, repitiendo un verso del satírico Boileau me dice:

A quoi bon mettre au jour tous ces discours frivoles?.

Por descontado, eso sin tener en cuenta que la culta capital de Galicia



bien merece una crónica, aunque a la verdad, amigo mío, yo hago un malísimo cronista. Adios, salud y ¡hasta otra vez!. Tu amigo, B".

Además de esta crónica periodística, para conocer detalles del Carnaval del año de 1862 se cuenta también con la información que proporciona Estrada Catoira en su libro referenciado. Dicho libro se publicó en el año de 1930, fecha relativamente cercana que debía, en teoría, facilitar el que los coruñeses dispusieran del mismo, pero el corto número de ejemplares editados y el éxito alcanzado por el trabajo hizo que el mismo quedara rápidamente agotado y, como a pesar de su valor, dicho libro no fue aún reeditado, se ha convertido en un ejemplar de bibliófilo y de Biblioteca, razón por la que al no estar al alcance del lector medio, pensando en la mayoría que no puede disponer de él, recurro a sus páginas para recordar algunos momentos del pasado Carnaval coruñés. Y así, con relación al Carnaval del año de 1862 Estrada Catoira, después de describir la entrada del dios Momo en La Coruña durante el Carnaval de dicho año - descripción que ya no reproduzco por quedar hecha en la crónica de arriba- dice lo siguiente:

"Durante la semana, hubo bailes en el Teatro y en la Sociedad, con notables disfraces, y el Domingo de Carnaval, a las once de la mañana, una gran comparsa paseó las calles, y al llegar al muelle, estrellaron contra las piedras huevos y geringas, dando a entender que la costumbre de arrojar aguas y ciertos artículos comestibles quedaba sepultada para siempre; y efectivamente, aquella tarde no hubo ni una cáscara de huevo, ni ninguno de los proyectiles empleados en años anteriores. Hubo comparsas del Círculo y de la Tertulia de la Confianza, rivalizando en animación. La del Circo fue una gran mascarada, en la que tras los batidores a caballo, iba un vapor arrastrado por bueyes, convenientemente tripulado, cuya chimenea arrojaba aromáticas columnas de humo; luego iba una estación telegráfica sobre ruedas, en la que no faltaba nada, ni postes, ni hilos, ni aparatos, ni manipuladores; y un empleado transmitía

los partes, y otro los recibía, repartiéndose al público por mozos de servicio. Iba después un portapliegos a caballo, dos hileras de amazonas, un correo de cámara y un coche de gala del Sr. Carnaval, banda de música, carruajes con cortesanos y escolta de lanceros. La mascarada de la Tertulia de la Confianza, muy lucida, llevando una sección de caballería, una plataforma montada, en que se veía una pequeña fábrica con su chimenea, leyéndose el rótulo "Fábrica de Filloas al vapor", que eran repartidas al público, alargándolas con alabardas. Dos carruajes iban ocupados por enmascarados, que arrojaban a los balcones varios dulces y grajeas, cerrando la comparsa una banda de música.

"Grande fue la animación de estas fiestas, en las que tomaron parte también los socios del recién fundado Casino Coruñés, oficiales de guarnición, organizando los empleados civiles una comparsa, vistiendo todos blusa encarnada, pantalón negro y boina azul, tocando una música y volteando panderos.

"El Martes e Carnaval fue aún mayor la animación, y el orden fue tan completo en todas las fiestas, que el Gobernador Civil don Ramón María Suárez, en extremo complacido, dirigió una alocución al pueblo de La Coruña que leemos en la Ilustración de La Coruña, expresando su satisfacción. A su vez el Alcalde, don José María Abella, apoyando la circular del Gobernador, da las gracias al pueblo".

(Continúa en Cuadernos de Noticias Históricas número 14)

Πάγιο PAGE